

SILVINA VÁZQUEZ, *Identidad y reconocimiento: los espacios públicos interiores del nacionalismo y del republicanismo*, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 2009 (*Premi Memòria Doctorat 2008*). 102 páginas.

Este trabajo estudia un asunto que ha sido de los más tratados por la teoría política moderna. La autora define postteriormente su trabajo como “un ensayo que forma parte de un proyecto de investigación más amplio” (p. 79). De hecho se trata de un estudio de uno de los fenómenos más genuinamente modernos, la identidad nacional, con su producto-ídolo más descolante, la nación.

Silvina Vázquez ha dedicado mucho tiempo a meditar sobre algo que entiende es trascendental para la prosperidad de la teoría política. Pero la novedad de su empeño es que no se ha limitado a redactar un estudio más de los muchos que han hecho los especialistas en nacionalismo y que a veces vienen a ser de alcance limitado. Trabajos que en muchos casos no son sino contribuciones al barullo de publicaciones que se suelen dar en relación con los temas de moda.

La clave para que la autora haya logrado algo tan nuevo está en un punto crucial: su renuncia desde el comienzo a la inclinación historicista. Es muy de celebrar que una autora plante cara a esa moda comodona de la ciencia política que ha sido nefasta para su desarrollo y definitivamente un gran obstáculo para la teoría política. Para que no quepa duda, así lo afirmará desde el comienzo de su trabajo: “esta investigación se desarrollará en el plano de la teoría” (p. 8). También le preocupa que la obsesión por las cuestiones empíricas, hacia las que no siente “ningún menosprecio o indiferencia” (p. 9), le impidan “interrogarse de forma creativa” sobre fenóme-

nos tan complejos y virulentos, como los que se propone tratar.

Uno de sus aciertos, a nuestro parecer, es su acercamiento a Eric Voegelin (1901-1985), así como el excepcional uso que hace de algunas de sus ideas más fructíferas. Partiendo de la distinción que Voegelin establece entre la ciencia de la historia y el historicismo, Silvina Vázquez se protege contra esa confusión que ha introducido a muchos estudiosos en un verdadero laberinto sin salida. De hecho, ella reconoce que ha sentido también su opresión y nos confiesa que ha buscado en un concepto de moda como es el de republicanismo su liberación “del laberinto de la identidad” (p. 77). A este respecto Vázquez admite con cierta resignación que uno de sus primeros avances fue reconocer que “un mapa no es el territorio” (*ibidem*).

De acuerdo con lo anterior, uno de sus puntos de partida será aclarar “la persistente confusión entre historia e historicismo” (p. 19), distorsión que ella estima es una de las características del logos de la Modernidad. Las páginas que a partir de aquí desarrolla son sencillamente preciosas. Entretejiendo las reflexiones magistrales de Voegelin con textos de algunos grandes especialistas en el tema, Vázquez aborda el alcance que tiene usar la nación como instrumento explicativo en las ciencias sociales. Probablemente sea Silvina Vázquez una de las autoras que mejor ha comprendido y aplicado las enseñanzas de Voegelin sobre un tema tan capital para la ciencia actual.

Otro de los pasos importantes es su análisis de lo que ella llama una metonimia ori-

ginal “por la cual se equiparan los significados entre ciencia y poder” (p. 30). Silvina Vázquez sigue el hilo de las consecuencias que estas alteraciones de las metáforas tan potentes de la política clásica van a producir en la ciencia moderna. Apoyándose en maestros que han revisado estos asuntos desde la teoría política y en otros que han replanteado una recuperación retórica del lenguaje, Vázquez va poco a poco introduciendo su crítica de las limitaciones con las que se ha tratado el nacionalismo hasta la fecha. Resalta su recuperación de un autor tan valioso para España como José Luis Ramírez, de quien toma sus profundas reflexiones sobre el lenguaje y la retórica. En este sentido la cita de la página 26 es sencillamente una perla.

Vázquez se enfrenta también a la lectura de las contribuciones más importantes sobre el nacionalismo y la idea de nación. Sorprende la madurez y precisión con las que no sólo recoge y medita sobre ellas, sino también la manera tan sabia con la que las expone, lo que permite al lector ver también sus grandes limitaciones. Su exposición es muy tranquila y valiente; y así no evita los puntos incómodos de abordar que encuentra en autores como Ernest Renan (1823-1892), Hans Kohn (1891-1971), Ernest Gellner (1925-1995), Eric J. Hobsbawm, George Herbert Mead (1863-1931), Charles Taylor, Susan Reynolds, Maurizio Viroli, Erica Benner, Rafael del Águila (1953-2009), Benedict Anderson, Anthony D. Smith, Helena Béjar, Zygmunt Bauman y John Penrose (1778-1859). Nombres que aparecen mencionados no porque pertenezcan a una lista de autores que haya que nombrar obligatoriamente para hacer méritos profesionales, sino porque Vázquez ha aprendido algo importante de ellos y quie-

re compartirlo con nosotros en el camino de su argumentación.

Quizá lo más relevante de este libro sea el que su autora nos proponga una visión teórica política nueva sobre el asunto. No se trata de una visión radical e imponente, sino de unas consideraciones muy posadas sobre un tema que no sólo se ha quedado atrancado en su estudio, sino que además ha evidenciado las severas limitaciones de la ciencia política del siglo veinte. Silvina Vázquez intenta aportar, con una discreción y humildad que se agradecen, la posibilidad de mirar a la política con una comprensión teórica distinta. Su visión de lo público incluye el concepto de espacios públicos interiores, que ella lee en Hannah Arendt (1906-1975) con gran provecho. De este modo reconstruye la acción política y el espacio público con la incorporación de estos ámbitos hasta ahora ignotos para los politólogos y, de manera especialmente negativa, para los más historicistas.

En su esperanza de encontrar en el republicanismo una solución teórica para salir del laberinto de las identidades, la autora rechaza un punto central de la política moderna, la consideración de la vida como una guerra continua: “una interpretación en clave de guerra y poderío depreda a la teoría política del republicanismo de lo que es esencial: el apaciguamiento de la ciudad y la tranquilidad del foro interno” (p. 70).

Otra buena aportación es su respeto por los aspectos retóricos de la vida pública. Así resulta muy sutil su referencia a la contraposición entre las figuras de *Hannibale et Scipione* que, empleada por Cicerón (106-43 a. C.), reencontramos en Niccoló Machiavelli (1469-1527) y que ella sospecha es un indicio de los funda-

mentos retóricos de la formación del florentino (*ibidem*).

A través de la figura de Machiavelli (pp. 62ss.), Silvina Vázquez ahonda en el contenido de la vida pública como un ámbito que no puede sólo resumirse en los espacios públicos externos al ciudadano, sino también incorporar esos espacios públicos interiores que ella menciona ya en el título de su libro y que, siguiendo a Arendt y a Javier Roiz, se constituyen en elemento central de su estudio.

Una de sus reivindicaciones es que “indagar sobre los elementos y materiales del Estado ha sido en cierto sentido también introducirse en la mente de los ciudadanos” (p. 62). Lo público no va sólo ligado “a su manifestación exterior en el entorno físico, sino también, a la impronta interior de los individuos que lo sustentan” (p. 63). De hecho en la tradición republicana que hereda Machiavelli, “el ingenio y la fantasía son componentes esenciales del gobierno del individuo. Traducidos a términos retóricos, fantasía e ingenio se corresponden con la *inventio*” (p. 74). Vázquez da importancia a “esos elementos contingentes de la política que Machiavelli detecta y sopesa tan sensiblemente” (p. 75). Su opinión es que, si se incorporasen a lo público, “la propia condición de ciudadanía y, junto con ella, la identidad de sus ciudadanos queda[ría]...profundamente alterada” (*ibidem*).

Por otra parte Silvina Vázquez se muestra como una sincera admiradora de la Modernidad, “una herencia tan rica... vitalmente comprometida contra toda forma de tiranía externa”; pero aun así reclama cierta independencia crítica que no permita que esa tradición a la “que debemos proteger y respetar...nos posea” (p. 76).

Mención especial merecen sus “Notas Finales” (pp. 76ss.). Se percibe aquí que ha pasado un tiempo entre la escritura del resto del libro y la de estas reflexiones, circunstancia que les concede un valor especial. Consciente de la novedad de sus reflexiones y de sus aportaciones, Vázquez parece temer alguna mala interpretación de su visión de lo público y que, con ello, se produzca una comprensión errónea de su obra. No sin razón, teme que alguien pueda tergiversar su concepto de espacio público interior y su definición de ciudadanía; y que pueda achacarle una inclinación a la conquista o a la invasión de tales ámbitos; es decir, de abrir paso a un intento totalitario o cuando menos estatalizante de la política. Tal cosa es impensable para un lector cuidadoso de la pacífica trama de esta obra. Pero la autora insiste en explicitar con claridad que, cuando se refiere a ese foro interno o espacio público interior, lo hace “en sentido simbólico, que es cualitativamente diferente tanto del terreno público exterior como del espacio privado del ciudadano” (p. 80). En cualquier caso y para que no queden dudas al respecto, Silvina Vázquez aclara que “el foro interior de la ciudadanía, el de cada individuo que ostente tal condición, no es un submundo privado del hombre o la mujer que habita la ciudad o el Estado” (*ibidem*).

Para definir aun más sus ideas, nos añade:

[La] fusión y confusión entre los materiales de la vida pública y la vida íntima de las personas ha dejado, a lo largo del siglo pasado, un lastre doloroso y vergonzante de invasiones totalitarias sobre el gobierno individual del ciudada-

no...Acosar el mundo de la res privada a golpes de luz pública nos puede precipitar hacia una ciudadanía ciega y aturdida (pp. 80-81).

Es una lástima que la autora, impresionada por los hábitos establecidos de rigidez y miedo a lo teórico, conceda quizá

demasiado a sus posibles detractores e introduzca una alusión a lo simbólico que resulta ser el punto más discutible de su argumentación. En fin, bienvenida sea una obra tan valiosa sobre un tema tan necesitado de nuevas ideas.

JAVIER ROIZ